

Sección a cargo de Guillermo Fernández



Tania Janco, *Conversación muda*, 140 × 150 cm, acrílico/tela lino.

Italia en La Colmena

Valerio Magrelli

EN EL CONDOMINIO DE CARNE (FRAGMENTOS)

XXVI

Pero vuelvo a las consecuencias inducidas por las aplicaciones de relevadores. Una brillantísima variante del análisis Doppler se realizó hace pocas semanas. Escena de verdadero slap-stick, a tontas y a locas. Finales cómicas de Cretinetti y de Ridolini, que hacen reír. El término técnico es electromiografía, pero parecía más bien un espectáculo de títeres en el Gianicolo: convertirse en marionetas pero sin la sacra genealogía kleistiana. Más electrodos, más cables, más efectos especiales. Me acuesto en una camilla y empieza la sesión, a bajo voltaje.

Pequeñas descargas para verificar el estado nervioso del miembro articulado. El dolor aumenta. Y cada vez que llega la corriente, veo la pierna que se mueve por sí misma. Por sí misma, nada tengo que ver en ello. Lo curioso del caso es que

brinca hacia arriba, de modo autónomo. Polichinela epiléptico, que apoya la cabeza en el hombro izquierdo para agarrar mejor el bastón y golpear a Arlequín con mayor violencia. El movimiento irregular, a jalones, es el mismo del orgasmo; el mismo que regresa en cada caso de posesión. Sospechoso el movimiento de abajo hacia arriba, que infaliblemente testimonia la adherencia del cuerpo a una fuerza externa. Cuando se transforma en puro medio de un empuje ajeno, ya sea la voz del difunto o del numen (o ambas, como acaso sucede en el sexo), cuando el hombre se vacía y una mano interna guía sus movimientos, siempre aparece un zig-zag de los miembros. Es el cable eléctrico, que serpea inaferrable, la bomba de agua que se escapa de la mano.

Lo ridículo dependía precisamente de la completa autonomía de un elemento respecto a lo demás, y sobre todo, respecto a su supuesta central de impulsos. Así, delante de la pierna, el cuerpo se convirtió en “resto”, y ella se fue sin que el sistema nervioso central pudiese hacer nada. Una pierna sale de paseo y se detiene ante mí. Una Señora Pierna, a la Gogol. Y el doctor, enloquecido, aumentaba la dosis, provocando escisión y saltarelo, un baile de san Vito.

Yo, trompo que gira,
yo, tornillo que se zafa.

Siempre he sentido una pena infinita ante la unidad amenazada del organismo. Es éste el motivo del horror suscitado por la tortura. Cortarse las uñas o el cabello, incluso defecar, es una forma de adiós. Así triunfa una concepción excrementicia de la materia, entendida como una uña o un cabello de Dios: “Espíritu (espíritu puro). La materia es el excedente (*excrementum* o desecho). Es únicamente (dicho sea con una imagen burda) el efecto de la digestión, (el residuo) de su alimento inmortal, que es el pensamiento.

Quiero decir que la secesión de una parte del todo, que anuncia el futuro desensamblaje, sirve de *memento mori*. Recuerda que desaparecerás, recuerda que tu pierna no te pertenece, y esto es tan cierto que, ¡mira!, está danzando sola su danza, colgada de los cables de un titiritero eléctrico. Ahora ha vuelto a mí la misma pierna, con rodilla aerostática. La trato bien, estamos juntos de nuevo, pero quién sabe por cuánto tiempo.

XXVII

No sabría decir a qué enfermedad atribuir lo que sigue. Edad de la latencia. Detalle importante: uso pantalones cortos. Me llevan a la peluquería estoy con el peluquero. En la elección del verbo rueda la sintomatología de este caso. Me dijeron que vendrían por mí. Sí, pero ¿cuándo? Un presagio de *missed in action* se va aguzando. Hace más de una hora que me cortaron el cabello y la patrulla no aparece. Después de ir y venir por

la peluquería, empiezo a mirar la calle, de pie, tras la puerta vidriera. Es entonces que me da la punzada.

No sé que bebida ha provocado estos retortijones gástricos. Sufro en silencio, las palabras se atorán en mi garganta. Ni siquiera puedo silabear o alzar la mano para pedir auxilio. Callo, mirando hacia afuera. Callo y me licuo, mientras una parte de mí baja lentamente, se desmorona, y soy ahora una vela abdominal consagrada al santo protector de los desertores. Tal me siento al advertir la materia fecal que resbala en una pierna, bestia montaraz y, al mismo tiempo, ofrenda votiva. ¿Un reptil?

Más tarde conocería estos dulces versos sobre los excrementos, las vísceras, el trasero. Metabolismo ontológico:

Puedes ver la verdad, si quieres,
en el lomo y en el trasero.
Si atrás miras la linterna
de la muerte, que arde eterna
con la grasa de tu Yo nutrida,
que como aceite quema tu vida
y te deshace, cual manteca al sol,
médula, huesos y el trasero todo.

Vuelvo a verme ahí, expuesto en el escaparate, a la vista de los transeúntes, convertido en holoturia de mar, con los intestinos que pierden/emiten esa pasta enferma, esa lágrima negra sin luto (cometa, hongo letal, enorme legumbre), ese contra-yo, esa Sombra que camina, ese ser vivo y semoviente en mi cadáver rígido. Yo estaba dejándole espacio al más allá.

XLIII

Ayer, durante la mudanza, abrí una caja y encontré toda una colección de placas que me tomaron de pequeño. ¿Qué hice? ¿Por qué las tiré sin siquiera mirarlas? ¿Qué ocasión desperdiciada, irreplicable! Fueron necesarios cuarenta años de espera para que madurara esa cosecha de imágenes, esa flora de lémures temblorosos, esa perpleja asamblea de fantasmas. Pétalos o una reunión de condominio. Deshojo una margarita de rayos X: “Me amo, no me amo...” Pero lo cierto es que se trata de un solo fantasma, que pasa arrastrando los pies entre las formas: “La vida vuela entre los cuerpos, de cuerpo en cuerpo, rastreada por su débil duración, como pájaro que huye entre las ramas, o de rama en rama, escapando de su temblorosa fragilidad”.

Cada página de ese volumen perdido, marcaba una etapa de la retirada, de la substracción que era una derrota, es decir un desmoronamiento del cuerpo bajo el tímido peso de la criatura en vuelo. Tenía todo esto y lo tiré. ¡Tenía entre las

manos mi Pompeya! ¡Tenía el negativo de mi infancia! ¡Al menos podía posar la mirada en aquellos delicadísimos Calder originales! ¡Calcas luminosas de mi cuerpo anterior! ¡Ultracuerpos! ¡Ectoplasmas y protoplasmas que quise olvidar! (Recuerdo una excursión a la montaña; en la cumbre, cansado, descubro un fósil, lo observo al paso, lo destruyo, distraído: ¡eso me apena todavía!)

¿Macabro? Pero de fósil hay aquí sólo la huella, el rastro de un organismo que, a pesar de los cambios, no desaparece todavía. La forma muerta de una forma viva. ¿Eco? Más bien heces. La infancia como excremento, estela. Línea blanca de un avión en el cielo... ¡Y pensar que hubiera podido editar, una tras otra, las páginas de un album radiográfico, para hacerlas pasar como un cartón animado! El libro de los recuerdos del Subsuelo Celular: ¡Mi Secretaría de Asuntos Interiores! Y seguir el crecimiento de la concha (velos, tegumentos), la jaula del Paguro: ¡una jaula que crece! La delicadeza de acariciarme hijo.

Pienso en los primogénitos de civilizaciones antiguas, que eran asesinados por considerarlos prototipos. Representaban simples versiones experimentales de la progenie. Pruebas microfónicas.

Anexo

Debe de ser más fuerte que yo. Recuerdo ahora una tarde que pasé limpiando los estantes de los libros, de las cintas, de los discos. Escucho fragmentos grabados años antes, cuando una canción se interrumpía de improviso, a la mitad. La música deja su lugar al silencio, pero un silencio distinto del de una cinta virgen. Y resuena el espacio de una casa, mudo pero vivo, y luego una tos, ruidos, una silla que cambian de sitio. Evidentemente, olvidé apagar la grabadora. Hasta que algo brilla entre esos murmullos desmenuzados. De un cuarto alejado llega la voz de un bebé.

Después de haber atravesado el aire, llega a la banda magnética, queda grabada en ella. Papel matamoscas. Pero, en lugar de perecer, la susodicha criaturita escapa del tiempo. El animalito-voz es puesto a salvo, llevado a la orilla (como alguien que estaba a punto de ser arrastrado por la creciente de un río). Papel salvamoscas-de-la-voz. Lo mismo pasa con la fotografía, desde luego. Pero nada puede competir con la reliquia auditiva. Estoy aquí, oyendo otra vez la voz de mi hijo cuando tenía dos años. Es más fuerte que yo el miedo que me causan estos hallazgos. Me apresuro a tirarlos, pero ya con añoranza, acaso porque la añoranza me da la fuerza para liberarme de ellos:

Sus palabras son pajarillos
del silencio, sílabas en el agua
del espíritu que, trinando, vaga
muy claro en la resaca.

NOTA

EN ESTE SU PRIMER LIBRO DE NARRATIVA, Valerio Magrelli (Roma, 1957) relata un apasionado viaje por las cavidades y orificios, entre sofisticados instrumentos médicos y misterios ancestrales, para ofrecernos una autobiografía convertida en autobiología, crónica y clínica, informe y memoria. Compartiendo una sensibilidad difusa —la de Ballard, Cronenberg y Barthes, y la de los *performers* más extremos, de Bacon a Giacometti—, la voz narrante de su libro cede a la palabra *cuerpo*. Al organismo entendido como colmena, hormiguero de parásitos en un denso montaje de aventuras, recuerdos, reportajes y confesiones. En *El condominio de carne* hay una especie de entramado personal; pero, al mismo tiempo, abierto a todos los lectores, gracias a la paradoja de que una página, mientras más subjetiva es, deviene más objetiva y verdadera. LC

